



## LA RENDICION DE FRANCISCO VILLA.

**N**UNCA me cansaré de repetir que el señor De la Huerta es un hombre de carácter débil, pero íntegro y bueno. Mas no obstante su proverbial debilidad, se le conocieron, sin embargo, rasgos de energía en el tiempo que fué Presidente de la República. A raíz de haber ocupado ese alto cargo, se le presentaron serias dificultades y resolvió graves problemas que despejaron una situación política.

Apenas iniciada su labor como Presidente de la República, se sublevó en Monterrey el general Pablo González. Inmediatamente fué sofocada esa rebelión mi-

litar y aprehendido el jefe de ella, y se le sujetó a un Consejo de Guerra. El Presidente interino comenzó a luchar para impedir que fuera condenado a muerte. No sólo consiguió el que no se le condenara a muerte, sino que obtuvo la libertad del acusado. En esos mismos momentos se plantea otra delicada cuestión: Félix Díaz, que permanecía en Veracruz levantado en armas contra el régimen del señor Carranza, se rinde, y queda a disposición de las fuerzas del Gobierno. Pero antes de sujetarlo a un Consejo de Guerra, como uno de los principales responsables de los acontecimientos de 1913, se le convence de que debe salir del país. Caso curioso el de Félix Díaz. Había penetrado a México por el Estado de Tamaulipas, en el año de 1917, y las fuerzas del gobierno derrotaron a la partida de rebeldes encabezada por ese militar, quien fué hecho prisionero, pero nadie llegó a reconocerlo. Se le llevó a Monterrey, donde se le juzgó por los tribunales militares; fué absuelto, e inmediatamente puesto en libertad. Ocultando su nombre, salió para el Saltillo. Allí permaneció una noche, y vino después a México, desafiando todos los peligros y todas las asechanzas. Lle-

gó a la casa de don Juan Cárdenas, para ocultarse. Pero allí no podía estar por algún motivo, o cuando menos eso se dijo. Se le llevó entonces a la casa de don Amador, hermano de don Juan, donde permaneció escondido cinco o seis días, en pleno régimen preconstitucional, para salir después rumbo a Veracruz. Allí permaneció levantado en armas tres años. Así lo sorprendió la rebelión de Agua Prieta.

Había tal encono en contra de Félix Díaz, que si el Consejo de Guerra en Monterrey, hubiera descubierto que era él, con seguridad se le condena. El Gobierno del señor Carranza llegó a saber que Félix Díaz estaba escondido en la casa de don Amador Cárdenas. Se ordenó el cateo de la casa de este señor con un lujo de fuerza extraordinario. Pero pocos momentos antes había escapado Félix Díaz rumbo a Veracruz. Entonces se procedió a la aprehensión del señor Cárdenas, y estuvo preso varios días, conminado y amenazado para que dijera el paradero de su huésped comprometedor. Ya era tarde. Cuando en 1920 cayó en las redes de las fuerzas de la Revolución, pudo salvarse debido al empeño del señor De la Huerta, Presidente interino entonces.

Resueltos esos asuntos, se presenta otro más grave y de mayor trascendencia para el país: la rendición de Francisco Villa. Una mañana del mes de julio de 1920, se nota en el Palacio Nacional un movimiento inusitado. El Presidente llega a su oficina más temprano que de costumbre. Fué llamado a Chapultepec con toda urgencia. Francisco Villa había ocupado en la madrugada de ese día la población de Sabinas, Coahuila, y quería tener desde ese lugar una conferencia telegráfica con el señor De la Huerta. "Quiero rendirme—decía Villa—porque ya no tiene objeto esta lucha, desde el momento en que fué derrocado el gobierno del señor Carranza. Quiero someterme a la autoridad del nuevo Presidente de México, en cuya lealtad y rectitud confío. Quiero una propiedad para ponerme a trabajar en compañía de mi gente. Quiero, en fin, conservar una pequeña escolta para que me dé seguridades y poder vivir tranquilamente."

El Presidente interino le contestó en el acto que se admitían esas proposiciones, y que ya le daba órdenes al general Eugenio Martínez, que estaba en esos momentos en Chihuahua, para que se lleva-

## SENDEROS

ra a cabo la rendición, de acuerdo con los puntos estipulados. Terminada la conferencia con el célebre guerrillero mexicano, el señor De la Huerta exclamó: "Acabaremos con esa vergüenza de México. Los asaltos a las poblaciones indefensas, los inicuos asaltos a los trenes. Todo sacrificio que se haga para ello es insignificante." El estaba radiante de júbilo. Pero de pronto una nube obscurece la luz de su horizonte. Recuerda, de pronto, que un imperioso deber de lealtad le obliga a poner en conocimiento, de quien le iba a suceder en la Presidencia de la República, un hecho de tamaña trascendencia. Así, pues, tiene que telegrafiarle al general Obregón, que se había ausentado de esta capital, haciéndole saber las condiciones aceptadas para lograr la rendición del famoso y tremendo guerrillero del norte. ¿Qué, el general Obregón aceptaría el pacto celebrado entre el Presidente interino y Francisco Villa?

El señor De la Huerta no tardó en recibir contestación a su mensaje. El caudillo sonorensé se oponía abiertamente a que fuese admitida la rendición de Villa, y, entre otros argumentos, exponía dos muy serios, dignos de tomarse en conside-

ración: “Cómo—decía—va a premiar la nación las infamias de un bandolero, concediéndole propiedades y escoltas para que pueda vivir cómodamente? Pero existe otro obstáculo más grave,—añadía,—Si la Cancillería de los Estados Unidos nos pide la extradición de Villa por el asalto a la población de Columbus, ¿qué hará el gobierno mexicano, ante el cual se acogió y se sometió confiando en la lealtad, honradez y buena fe de los hombres que gobiernan esta nación?” Los argumentos expuestos por el general Obregón eran fuertes. Mas a pesar de todo, el señor De la Huerta creyó conveniente admitir la rendición de Villa, y la admitió en contra de la opinión franca y decidida del militar sonoreense.

Algunos días después llegó el general Obregón a México, e inmediatamente tuvo una entrevista con el Presidente interino, su amigo fiel. Volvió a tratarse el asunto de la rendición de Villa, y el general Obregón expuso sus argumentos con toda franqueza.

—Mira, Alvaro,—dijo el señor De la Huerta,—a pesar de tus argumentos, yo he creído conveniente para el país el rendir a ese hombre, ponerlo en paz, para evi-

tarle males y perjuicios y descrédito a la nación. No puedo, por lo tanto, cambiar de parecer. Pero si esto constituye un obstáculo a la política que vas a seguir, estoy dispuesto a renunciar, sin disgusto, sin enojo.

El hombre débil se había tornado en fuerte. Cuando él creía que estaba de por medio el bienestar de su país, no había quien lo hiciera cambiar de opinión. No vacilaba un solo instante. Seguía ese camino sin medir las consecuencias.

En esos instantes el general Obregón ya no insistió.

—Estoy conforme con la rendición de Villa, sólo me he concretado a señalar los inconvenientes,—manifestó un poco contrariado.—Pero, si ha sido un error ese paso, un error más grande sería que renunciaras en estos momentos la Presidencia de la República.

—No renunciaré, pero no quiero ser un obstáculo para nadie. Primero es mi país, y después todo lo demás.

—Pero, hay que ver si es eso lo que le conviene.

—Sí, es eso lo que conviene, y, por lo mismo, lo he hecho.

Al general Obregón no le quedó otro

recurso que admitir también la rendición de Villa. Desde ese momento terminó la lucha en contra del audaz y sanguinario guerrillero. La región de Chihuahua entraría a una era de paz y de tranquilidad. El hombre que había assolado ese Estado y parte de Coahuila y Durango, se iba a convertir en agricultor. Dejaba tras de sí hazañas tremendas, que se recordarán siempre. Le dió días de esplendor a la Revolución; pero también de vergüenza y de luto. El nombre de Francisco Vila fué conocido en todas las naciones de la tierra. Es cierto que contribuyó poderosamente al triunfo de la causa constitucionalista; pero nadie como él comprometió varias veces el éxito del movimiento revolucionario. Guerrillero siniestro, infatigable, perspicaz, osado, valiente. Burló muchas ocasiones a la "Expedición Punitiva" que entró al territorio chihuahuense a perseguirlo por el asalto a Columbus, que tuvo una enorme resonancia en el mundo entero. Desleal, pérfido, desconfiado, engañaba a sus amigos más respetables. Muchas veces ante hechos evidentes, mentía con un aplomo, una seguridad y una desfachatez que dejaba asombrados a todos. En cierta ocasión se presentaron

## S E N D E R O S

en la casa del feroz guerrillero don Fernando Iglesias Calderón, el doctor Miguel Silva y don Leopoldo Hurtado y Espinosa para suplicarle que mandara poner en libertad a don Jesús García, rico zacatecano que estaba preso en los sótanos de esa misma casa. Antes de que entraran a ver a Villa, y allí mismo habían visto al prisionero. Pero el célebre jefe de la División del Norte les negó rotundamente que estuviera preso el señor García. ¿Qué hacer en ese caso? Fué entonces cuando Villa le dijo a don Fernando Iglesias que era **DEMASIADO HONRADO**. — Pues esa **DEMASIA** que usted descubre en mi honorabilidad, es una satisfacción.

Un día se le presentó un amigo que se había enriquecido a la sombra de la Revolución, que había hecho una inmensa fortuna con los famosos “bilimbiques,” que vive hoy en Los Angeles como un príncipe persa, y le dijo:

—Es necesario buscar un mejor equilibrio de la riqueza, que los bienes estén mejor repartidos, para que no existan tan odiosas desigualdades, y el día que realicemos tan bello ideal, gritaremos: ¡Viva México!

—¡Fuera de aquí,—rugió Villa enfure-

cido.—primero roban y después proclaman el reparto de las riquezas para engañar a los tontos! ¡Qué FALTA de cinismo!

Aquel desgraciado hombre, avergonzado, humillado, ultrajado, no volvió a hablar del equitativo reparto de las riquezas!